

Reseña

Boaventura de Sousa Santos, *Si Dios fuese un activista de los derechos humanos* (Madrid: Trotta, 2014)

José Ignacio González Faus
Cristianisme í Justicia

La tesis del libro viene a ser que, si Dios existiera (porque el autor no lo tiene muy claro) y fuera un activista de los derechos humanos, las cosas irían de una manera muy distinta a como funcionan hoy en nuestro mundo. Porque occidente, y su falseada globalización, han utilizado los derechos humanos como excusa para pisotear otros derechos ajenos y mucho más importantes y urgentes. “Son muchos los síntomas de esta instrumentalización”, escribe el autor, “niveles extremos de desigualdad social a la luz de los cuales la igualdad formal ante la ley es una burla cruel” y donde “una economía de mercado socialmente útil se convierte en una sociedad de mercado moralmente repugnante”, con una legislación que busca muchas veces “criminalizar la protesta, hasta el punto de que la condición de ciudadanos se vuelve indistinguible de la de súbditos”. Por eso, “dada la radical instrumentalización a que están sometidos, los derechos humanos se tornan simultáneamente banales y extraños en el interior de la propia modernidad occidental”, cuya pretendida superioridad “sólo se sostiene sobre la base de la negación de todo lo que ha ofrecido históricamente como justificación de esa superioridad” (p. 70).

A partir de aquí, le surge al autor la gran pregunta: “¿por qué hay tanto sufrimiento humano injusto que no se considera como una violación de los derechos humanos?”. Y esta pregunta le lleva a la otra: “¿qué otros discursos de la dignidad humana existen en el mundo y en qué medida son compatibles con los discursos de los derechos humanos?” (p. 13).

La búsqueda de esos otros discursos guía toda la investigación del libro. Santos distingue entre aquellos que, aunque puedan ser críticos con occidente, siguen sustentando el sistema hegemónico, y otros que son contra-hegemónicos. Entre los primeros, están todos los fundamentalismos religiosos, cristianos o islámicos, que se llevan la mayor parte del libro, en un estudio muy minucioso y donde el autor muestra unos conocimientos llamativos. A los segundos pertenecen todas las “teologías de la liberación”, no solo la cristiana, sino también la islámica, la judía, tan contraria a la política del actual Estado de Israel, la negra, la indigenista...

Y destaco en este campo, que ocupa el último capítulo del libro, cuatro observaciones. La primera es una apelación a “la presencia” en esas situaciones. No solo la narración, que ya es una forma de hacerse presente, sino “esa presencia intolerable que deshumaniza tanto a las víctimas como a los opresores, así como a quienes no sintiéndose víctimas ni opresores, ven en el sufrimiento injusto un problema que no les atañe” (p. 102).

La segunda es la concepción del sujeto humano, no solo como individuo concreto, sino como ser colectivo. Late aquí una crítica decisiva al individualismo norteamericano, que había sido iniciada ya en la constitución del Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo, y además se explicita una crítica al “individualismo posesivo” de algunas formas de mística. Permítaseme echar de menos aquí una referencia al personalismo de E. Mounier, ausente en la inmensa bibliografía del libro; y destacar también cómo esta concepción lleva al autor a reclamar una interculturalidad seria, en las luchas por la dignidad humana.

La tercera es otra apelación a los “deberes humanos”, como única tierra firme en la que puede cuajar sin pervertirse la invocación de los derechos humanos. Aquí me permito también echar de menos otra referencia, esta vez, a Simone Weil, quien, según mi pobre saber, fue la primera en llamar la atención sobre esta necesidad.

Y de aquí brota una última advertencia que es, sorprendentemente, la apelación a Dios. El siglo XX ha sido, para nuestro autor, un siglo “antihumanista”, y una de las fuentes de ese antihumanismo

que rara vez se reconoce como tal, es la llamada muerte de Dios. Una vez que se consideró potencialmente infinita la capacidad de los seres humanos de transformar la realidad, la Modernidad occidental hizo a Dios superfluo. De una forma muy personal y dramática, Pascal se percató de que, sin Dios, esa capacidad era también potencialmente destructiva. Según él, la idea de Dios constituye la forma más elevada del pensamiento humano. Privar a los seres humanos del pensamiento de Dios equivaldría a privarles del cuidado de los demás seres humanos. Esta formulación sumamente piadosa de la presencia de Dios fue plenamente (y perversamente) confirmada siglos más tarde

por la más impía formulación de Nietzsche: la declaración de la muerte de Dios (p. 85).

Pese a esa apelación tan vibrante, el libro no termina aquí, porque hoy nos encontramos con que, por un lado,

el Dios de la modernidad occidental se ha transformado en la marca de una empresa económico-política global de productos divinos [...] Por lo menos en el mundo cristiano, la religión institucionalizada ha hecho las paces con las estructuras de poder existentes, por más injustas que fueran, ha secuestrado la fuerza motivadora contenida en la espiritualidad, y ha transformado a los creyentes en individuos en busca de la salvación individual (pp. 88, 106).

Mientras que, por el otro lado, “Dios se revela en el sufrimiento humano injusto, en las experiencias de vida de todas las víctimas de dominación, de opresión y de discriminación, y en las luchas que promueven”, de modo que “la conversión a Dios implica una conversión a un prójimo necesitado” (pp. 88, 106).

De este modo, queriéndolo o no, el libro se convierte en una seria reflexión sobre la identidad de Dios, en caso de que exista. A menos que acabemos convirtiendo el monoteísmo en una especie de politeísmo, donde hay un Júpiter supremo, garante del desorden establecido, y una serie de dioses menores, algunos de los cuales luchan inútilmente por la dignidad humana. Me permito apuntar desde aquí al simplismo que he querido denunciar otras veces en los que afrontan el problema de la pluralidad de religiones desde la tesis de que todas coinciden en la afirmación de Dios: ya desde los tiempos de Marduk y Yahvé, las cosas no eran así. “El Dios de los señores es distinto”, como decía el sacristán de la novela de Arguedas.